

Celia Paschero

**LA
SALAMANDRA**



La Salamandra. Celia Paschero

CAPITUL
O I

—Una noche, él llegó a las doce, cuando yo todavía leía en la cocina.

La voz de Isabel me llegaba monótona. Tirada sobre la cama, fumaba mirando el techo. Sin duda veía en el cielorraso la película que me contaba:

—Los chicos dormían, y por ese entonces me quedaba leyendo hasta tarde porque se me había metido en la cabeza que tenía que seguir estudiando. Sí, siempre queremos hacer cosas con nuestra vida. Perdón, señores, por haber nacido, perdón. Pero si me dejan vivir un poquito les demostraré que puedo hacer algo. ¿Verdad que entonces no me cortarían la cabeza? Esta vida puerca. Lo más que se puede ambicionar es tener al aire pecho y cabeza. Eternamente forcejeando por salir. Lo demás queda enterrado, siempre en trance de nacer. ¿Te das cuenta de que tus piernas nunca te llevan a ningún lado? Muy de vez en cuando, alguien consigue doblar una esquina o abrir

ngua, sentada contra la pared, en un banquito, la luz del loco cayendo sobre el pelo negro y oscureciéndole más el rostro, siempre detrás de esos eternos anteojos verdes. Y yo, batía los huevos para hacer una tortilla de papas.

¿Para qué tantos detalles? Una burbuja de tiempo-espacio, detenida para siempre en su retina. Un surco en el cerebro. Y cuando muriera, como las vírgenes acuellilladas de Machu Picchu, esa escena sería un hueco en las cuencas vaciadas. No, tal vez un orificio con salida por el hueso de la nuca, en una sola de ellas, la cuenca derecha. Y los arqueólogos conjeturarían una trepanación.

—Entonces comenzó a hablarme como con miedo, misteriosamente: “Sabés, hoy estuve con Mauricio y... me dijo algo. ¡Pero no, le dije, vos estás loco!” Yo lo miraba sin entender nada. ¿De qué me hablaba? “¿Por qué no hablás claro?” le dije. “Bueno, mirá, no sé cómo decírtelo —se pasó la lengua por los labios— me dijo Mauricio que conoce dos librereros que quieren vender fotos pornográficas y...” Yo seguía cortando las papas en daditos. Comencé a inquietarme. El se iba entusiasmando pero bajaba la voz.

¡El cuco! ¡Yo soy el cuco! Hay en algún lugar, un ala inmensa, toda negra... ¡Y el bosque!

pág.13

Gretel: ¡Qué oscuro está, Hansen, tengo miedo! Hansen: ¡No seas tontita, yo te cuido!

“No sé si vas a querer hacerlo”. Cada vez el tono era más enigmático. “¿Hacer qué? ¿Qué te pasa?” le dije yo. “No sé si vas a querer hacerlo. Bueno, posar; yo sacaría las fotos... Se puede ganar mucha plata... Sin riesgos. Porque él, Mauricio. ¿Entendés? las pasaría. Estas cosas se venden poniendo la plata sobre la mesa cuando el otro también entrega con la otra mano las fotos, y ¡Chau! ni un

...

Hansen. ¡Oh! ¡Que unuu casuu!

Gretel: ¡Es toda de chocolate!

Hansen: ¡Comé este pedazo, hermanita, y este otro y éste!...

“¿Te das cuenta? Ni un papel. Con antifaces. ¿Comprendés? No entre un hombre y una mujer. Eso... no podría permitirlo. Además, no se venden tan bien como las otras, las de tortilleras. Vos y... ¿Sabés quién? Estoy seguro que aceptaría. Dora. La excitan las novedades. Todo fingido, por supuesto, y total, nadie se enteraría. Son unos cuantos miles. Te comprarías unas cuantas cosas para vos y hasta tal vez alcanzaría para un cochecito usado. Y se hace una vez y ¡Chau! nunca más.” Cómo habla y habla y habla me decía yo.

Gretel: Hansen, miremos por esa

ventana. Hansen: ¡Dios mío!

Gretel: ¿Qué ves?

Hansen: ¡Huyamos, hermanita! ¡Una bruja revuelve una olla!

“¿Por qué te quedás callada, qué pensás?” “Tengo miedo... ¿estás seguro de que no hay riesgos?” “Pero ¡Claro que estoy seguro! ¿Qué riesgo puede haber? Pensá bien. Nadie lo sabe. Yo saco las fotos y las revelo. No salen de aquí hasta que no se va a cerrar el trato con el tipo. ¿Entendés? Pero si no te parece...”

Hace calor. Reciénmedoycuenta. Isabel fumacomounmurciélago. Ypien- sa. Mejor dicho, recuerda. Mejor dicho, vuelve a vivir trozos de su vida. ¿Para qué? ¿Por qué? Algún cordón todavía sujeto a las cosas de su pasado. ¿Cuándo

se acostumbra el hombre a caminar solo? ¡Qué extraños los juegos del sol en las paredes grises! Como si quisieran decir algo. Inmensos relojes de sol arando en las veredas los diferentes tiempos de la vida. Me entretengo mirando algunos relojes que

“No sé qué decirte. Tal vez sea cuestión de masticar la idea.”

¿Quién habla? ¡Ah, sí! es otra vez Isabel.

“Pensalo” me dijo. “Yo no quiero obligarte a nada”. “Pero arreglaría- mos muchas cosas con ese dinero” le dije yo. ¿Te das cuenta? Yo buscaba convencerme a mí misma por el lado del dinero.

Miré a Isabel. Tenía cara de asombro. De tragedia. Pero ¿dónde estaba el drama? Un ligero matiz diferente, como el chasquido de dos dedos, y todo cambiaba. Como los magos: “Ven, señores, nada por aquí, nada por aquí, tampoco... y ahora... pañuelos, uno rojo, otro pañuelo amarillo (aplausos). Parece que hay más, éste verde, y otro y todavía uno más (aplausos). Gracias, señores”. (el mago saluda haciendo una gran reverencia).

La casa de Isabel se había convertido en la caja de Pandora. Un hom- bre, una mujer, dos querubines entre ambos, y todas las leyes cristianas a su favor. Multiplicaos, hijitos e id con Dios. Sí, padre. ¡Oh, el dulce hogar y el dulcísimo trabajo cotidiano por el pan de los hijos! Pero por la noche... como la galera del mago. ¿Cuántas fantasías habían cobrado vida entre esos dos seres y esas cuatro paredes? Cuando nos proponemos convertir en rea- lidad las aguachentas figuras de nuestra mente. ¿Cuántas cosas mueren? El “Día de los trífidos” me impresionó mucho; esa idea que pone la carne de gallina, de unas plantas gigantes que se multiplicaban monstruosamente y se movían. A la vuelta de una esquina o detrás de un árbol, siempre podía haber un trífido que mataba de un solo latigazo de su larguísimo tentáculo. Y estos dos, sin moverse de la cama, habían trabajado tan ciegamente como los trífidos, a favor de la muerte.

—En esa época yo había dejado de visitar a mamá. Iba a llevarle los chi- cos. Pero no conversábamos. Me molestaban sus ojos. Eran inquisidores y, ¡tan grandes! Dos enormes faroles negros que todo lo descubrían. Mi ma- rido siempre me decía: “Tu madre es una

como a tu viejo. O como lo hizo con tu hermana, que ya está medio chiflada, la pobre”. Y yo pensaba: Tiene razón. ¡Qué suerte haberlo encontrado! ¡Me salvó de tantas cosas!” Si alguna duda me quedaba, él hacía que desapareciera con besos y caricias y...

Un momento. Vamos a ver. ¿Fue malo el Diablo cuando tentó a Fausto con la imagen de Margarita en el espejo? No lo creo. Y ¿Acaso hubiera sido posible que Fausto no firmara el pacto? Tampoco me parece. No son demasiadas las razones que el Diablo tiene para disputarle las almas a Dios. Tampoco se entiende muy bien esa maldita insistencia en que Dios repudia la carne. Nunca sabemos muy bien por qué se sufre cuando se está de parte del Diablo, ni por qué seremos felices a la diestra de Dios. La tentación siempre se refiere a la carne, pero cuando el alma se desprende del cuerpo, ya nada tiene que ver con los huesos. Confieso no entender. Pero es cierto que el Infierno es muy triste y que no existe allí la paz.

2

Mis dos palomas de la ventana se echaron a volar con un ruido de huesos entrechocándose. Las sombras que las paredes proyectan ahora sobre las paredes son monstruosamente largas y trepan por los muros de enfrente, como devorándolos. Isabel mira el cielorraso pero no me cuenta lo que ve en él.

El primer paso para averiguar ese asunto de la salamandra está cumplido y ha sido un fracaso. Alguna que otra referencia a la cábala, y nada más. Una salamandra, una llama de vela, puede ser tan extática como una mesa. Y lo aquieta todo. ¿Acaso es posible imaginar algo más movedizo y fugaz que una mirada? Y sin embargo, el ojo se paraliza, el párpado se entumece, y el pensamiento se va, cuando se contempla la llama de una vela. Pero es una quietud ilusoria. Porque si cierro los ojos, la llama la tengo dentro de ellos; ha viajado de la vela a mis párpados

cavia la seguridad de que continuara su relato. Se levanto para buscar fósforos.

¿Por qué será tan importante la *mise en scène* en todos los procesos humanos? Ayer me decidí por fin, a escribir la historia de Isabel. Y cuando había bo-

rroneado tan sólo unas líneas, sentí que las palabras me quemaban las yemas de los dedos. Claro que dejé de escribir, porque no me dedico especialmente a apretujar fósforos encendidos entre los dedos; y ésa era la sensación cabal. “A otra cosa”, me dije “de todas maneras, lo que a ella le ocurrió le sucede a miles, y si tanto me molesta escribirlo, no es cuestión de insistir; bastante me angustio en mis sesiones de psicoanálisis, como para querer aumentar la cuota de angustia que tolero”. Cada uno, es cierto, sabe perfectamente, cuánto resisten las paredes de sus diques. Rosales, por ejemplo, puede permitir que el agua arrastre la mitad de sus muros, y entonces llora a gritos, o sueña que es un hombre de las cavernas que arrastra los brazos por el suelo y al cual, de pronto, le cae sobre la cabeza una araña gigante. Adalberto no puede permitirse el lujo de entreabrir una compuerta para irrigar beatíficamente los campos dañados, y entonces va a las sesiones, pero no emite un solo sonido. Se retuerce las manos, y ése y otros imperceptibles gestos nos aseguran que todavía vive. Entre los infinitos matices de estas dos actitudes polares, estoy yo. Si la angustia es muy grande, entonces olvido los sueños al despertar, o falto a sesión. Interpretada ortodoxamente, mi resistencia es de las más peligrosas, porque es consciente, es decir, no quiero, “a conciencia”, curarme.

Por fin Isabel encendió su cigarrillo:

—Te estarás preguntando si lo hicimos...

—Te refieres a las fotos — Me sentí obligada a confirmar el tema de la conversación, mejor dicho, de la confidencia, porque

sentábamos frente a frente y charlábamos. Un día me dijo.

—Hoy preparo yo el té. No es justo que seas siempre vos la que trabaje...

Y fue a la cocina y preparó un rico té. Más rico que el que yo hago. Pero lo principal fue que eso le permitió abrir alacenas y enterarse de los rinco- nes de la cocina. Desde ese día, cuando necesitaba algo, ella misma se lo procuraba. Se sentía en su casa. Las cosas del baño y de la cocina le fueron tan familiares como a mí. La conquista del dormitorio-living- comedor-es- critorio, o sea, el lugar donde nos sentábamos para charlar, fue más lenta, más disimulada, pero igualmente eficaz. No creas que me di cuenta de las cosas tal cual lo describo aquí. Quizás ahora que lo cuento, estoy dejando pasar toda la angustia de ese hechizo que Isabel llegó a ejercer en mí y todo

el terror que llegué a sentir de que se apoderara de mi “torre”, dejándome en la calle. Sobre todo hablo así, en este momento en que no sé dónde está Isabel, y estoy convencida de que nunca más lo sabré, porque hace ya bastante tiempo que todo esto ha sucedido, y ya puedo contemplar, con relativa serenidad, el terror que se fue apoderando de mi voluntad, cuando empecé a sospechar que muchas de esas cosas que describía Isabel podían llegar a tenernos por protagonistas. Pero no describo, porque no me conviene, el placer que llegué a sentir cuando oía, al volver a casa, el ruido de la ducha del baño, y veía todas las luces encendidas, y me saludaba un disco de Bach en el tocadiscos. No hablo de los libros que le compraba, de las comidas especiales que le hacía, del empeño amoroso que ponía en “curarla”, en servirle de confidente, para que el manoseo constante de lo que hizo en cada círculo de su descenso le permitiera esfumar todo su pasado como una voluta de humo.